

el monte Siná, el día quince del segundo mes, después de la salida de Egipto.

»Y murmuró en aquel desierto contra Moisés y Aarón el pueblo de los hijos de Israel.

»A los cuales dijeron los hijos de Israel:—¡Ojalá hubiéramos muerto á manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando estábamos sentados junto á las calderas llenas de carne, y comíamos pan cuando queríamos! ¿Por qué nos habéis traído á este desierto para matar de hambre á toda la gente?

»Pero el Señor le dijo á Moisés: Voy á hacer que os llueve pan del cielo: salga el pueblo, y recoja lo que basta para cada día; pues quiero probarle á ver si se ajusta ó no á mi ley.» Esto es, á ver si observa las reglas y órdenes que yo le prescribiré tocante al pan que quiero enviarle.

Dios da las cosas para que se socorra la necesidad, y no para que sirvan de fomento al lujo y á la gula. Quiere asimismo que nos pongamos en mano de la providencia; y por esto Jesucristo nos enseña en su Evangelio á pedir el pan de cada día.

«Mas el día sexto—el viernes—prevengan lo que han de reservar, y así cojan doble—para el viernes y para el sábado—de lo que solían coger cada día.

»Entonces Moisés y Aarón dijeron á todos los hijos de Israel: Esta tarde conoceréis que el Señor es quien os ha sacado de la tierra de Egipto.

»Y mañana veréis brillar el poder del Señor, pues ha oído que os quejáis de él. Por lo que hace á nosotros, ¿qué somos para que andéis murmurando contra nosotros?»

Dios castiga las murmuraciones hechas contra sus ministros como hechas contra sí. «Su oreja celosa,—dice el Sabio,—todo lo escucha y no se le ocultará la menor murmuración.»

«Y añadió Moisés: Esta tarde misma os daré á comer carnes, y á la mañana pan, hasta que no queráis más.»

Llegada la tarde bandadas de codornices cubrieron todo el campamento, y por la mañana hallaron cubierta la superficie de la tierra de una especie de escarcha, muy alimenticia y de un sabor muy agradable al paladar. Era el pan que el Señor les enviaba.

Los hebreos sorprendidos y llenos de admiración al ver el campo cubierto de aquellos granitos blancos, dijeron:—¿Qué es esto? ¿*Manh*? —Y esta casualidad hizo que después quedara este nombre como pro-

pio y característico suyo. No se debe confundir este divino y milagroso maná, ni en su sabor ni en su virtud con el que cae en la Arabia en ciertas estaciones del año, ni con el que se recoge de varios árboles en la misma Arabia, en el Africa, en la Polonia, en la Calabria y en otras muchas regiones, por ejemplo el *man* de los árabes producido por la picadura de un microscópico insecto ó por el *coccus manniparus*, y en los meses de junio y julio se liquida por el calor del sol y cae en el suelo. De modo que el maná ordinario no cae, ni se coge, sino en ciertos meses del año; el del desierto caía y se recogía todos los días á excepción de los sábados. El ordinario cae en pequeña cantidad; el del desierto en tanta abundancia, que era sufficientísimo para alimentar á aquella prodigiosa multitud de gente que seguía á Moisés. El ordinario se conserva sin preparación largo tiempo; el del desierto se corrompía y engendraba gusanos. El ordinario no alimenta, el del desierto era enviado por Dios para alimentar á los israelitas. Así que hemos de concluir, en contestación á aquellos que se empeñan en dar una interpretación puramente científica y natural á los prodigiosos sucesos referidos en la Biblia, que aquel *Maná* que por espacio de cuarenta años sustentó á los israelitas en el desierto, era un pan descendido del cielo, milagroso y sobrenatural. Nada es imposible á Dios; quien creó las maravillas de la tierra y de los cielos, muy bien pudo sustentar á su pueblo escogido con un maná celestial.

Del desierto de Sin puede salirse por el Uadi-Mokatkeb, valle famoso por las inscripciones en caracteres raros que se leen en los peñascos que han caído rodando al llano, al desprenderse de las alturas inmediatas.

A poca distancia de Uadi-Mokatkeb está situada Maghara. Este nombre significa caverna, y es debido sin duda, á las subterráneas galerías allí abiertas por los egipcios, hace algunos miles de años, en busca del *mafka*, que unos traducen por turquesa, otros por cobre y otros por malaquita.

Dominando al Uadi-Maghara, alzáse elevada colina de peligrosas pendientes, en cuya meseta superior se han encontrado gran número de instrumentos de sílice, como tijeras y martillos, vestigios evidentes de una población de mineros.

Siguiendo hacia el Nordeste por riscosos linderos á seis ó siete horas llégase á Sarabit-el-Khadim, centro minero también de importancia.

La existencia de tales minas en la península sinaítica arrojan gran luz sobre la historia de los hebreos en aquellos lejanos tiempos; pues ella nos demuestra que pudieron trabajar los metales, fundir el becerro de oro y labrar los utensilios del tabernáculo.

Una vez se penetra por los desfiladeros, la marcha deja la monotonía, pero la variedad se hace peligrosa. Ora se baja en honda y sombría cañada, ora hay que trepar ríscosa ladera; al angosto camino con horribles precipicios en ambos lados, sucede la senda encajonada. Afortunadamente el viaje es relativamente corto, pues á pocas horas el oasis de Uadí-Farán ó Feyrán alegre al caminante; es el valle regalado, verdadero paraíso para los beduinos por los árboles que allí sombrean y la rica vegetación regada por las aguas que allí manan de puras y cristalinas fuentes. La impresión es comparable á la que recibe quien, durmiéndose al caer de una tarde cenicienta y semisombria, despiértase en una mañana fresca y despejada. Es el verdadero contraste de la sucesión del movimiento al quietismo, de la vejetación á la esterilidad, de la vida á la muerte. Es agradable por demás, topar, después de largas jornadas por entre aquel caos de montañas y peñas desnudas y sin que nada anuncie vida en ellas, con cabañas, tiendas y rebaños.

Los habitantes de aquella comarca son generalmente pastores; robustos, altivos y amantes de la independencia hasta el fanatismo, como lo demuestra el recelo, cuando no la hostilidad, con que miran al extranjero que visita aquellos campamentos.

La fertilidad de aquel valle permite vivir en medio del desierto. No es extraño, pues, que el ameno lugar situado en medio de tanta esterilidad fuese ocupado desde los tiempos más remotos. Cuenta la historia que los amalecitas, poseedores del oasis de Farán antes del paso de los hebreos, disputaron á éstos su entrada.

«Sobrevinieron los amalecitas, y presentaron batalla á Israel en Rafidim.

»Y dijo Moisés á Josué: Escoge hombres de valor y ve á pelear contra los amalecitas: mañana yo estaré en la cima del monte—desde donde yo pueda ver los dos ejércitos,—teniendo la vara de Dios en mi mano».

Josué, Jesús, Salvador, fué hijo de Nun, y de la tribu de Ephraim. Antes se llamaba *Oseas*. Moisés le dió el nombre de Josué ó Jesús, después de la victoria que alcanzó de los amalecitas; nombre que después fué consagrado en la persona de Nuestro Salvador Jesucristo, á quien representaba.

«Hizo Josué lo que Moisés había dicho, y trabó combate con Amalec. Entre tanto Moisés, y Aarón, y Hur, subieron á la cima del monte.

»Y cuando Moisés alzaba las manos—su oración era más ferviente—vencía Israel; mas si las bajaba un poco, Amalec tenía la ventaja.»

Así se ve que esta victoria se debió á los ruegos ardientes de Moisés, y no á las armas y fuerza de los hebreos.

«Ya los brazos de Moisés estaban cansados: por lo que tomando una piedra, pusiéronsele debajo, y sentóse en ella, y Aarón de una parte y Hur de la otra, le sostenían los brazos. De esta manera permanecieron inmovibles hasta la puesta del sol.

»Y Josué derrotó á Amalec, y pasó á cuchillo su gente.

»Entonces el Señor dijo á Moisés: Escribe esto para memoria en un libro.»

Esta es la primera vez que se hace mención de escritura. El término libro se toma en general por las tabletas en que entonces se escribía, y por toda suerte de escritura.

«Y adviértesele á Josué: Que yo he de borrar de debajo del cielo la memoria de Amalec.»

Así se verificó más de cuatrocientos años después, cuando el Señor ordenó á Saúl, que acabara con Amalec (así se llamaban los reyes de la Arabia Desierta) y con todo su pueblo. Desde entonces ya no se habla más de este pueblo.

Edificó allí Moisés un altar al Señor, el que puso por nombre: el Señor es mi exaltación, diciendo:

«Porque la mano del Señor se extenderá desde su solio contra Amalec; y guerra le hará el Señor en la serie de todas las generaciones».

En el cerro donde subió Moisés para presenciar la batalla, llamado hoy Djebel-el-Tahuneh, véanse todavía ruinas de este templo.

A pocos kilómetros de Farán, hay ruinas, por el lado del Nordeste, veneran los beduinos una peña famosa, á la cual dan el nombre de Hessi-el-Kahattatin, esto es, fuente oculta de los escritores. Para ellos los escritores de excelencia son Moisés y Aarón. Es tradición entre los beduinos que de aquella peña, herida por la vara de Moisés, brotó milagrosamente el agua que apagó la sed de los hijos de Israel, en ocasión que éstos se amotinaron contra aquél por no tener agua para beber.

«Habiendo partido toda la multitud de los hijos de Israel del desierto de Sin, haciendo sus detenciones en los lugares señalados por el Señor, acamparon en Rafidim, donde no tuvo el pueblo agua para beber.

»El cual levantando un grito contra Moisés, dijo: Danos agua para beber. Moisés les respondió: ¿Por qué os amotináis contra mí? ¿Cómo es que tentáis al Señor?

»En vez de recurrir al Señor, y de poner en él toda vuestra confianza á vista de tantos prodigios que ha hecho con vosotros, ¿por qué ahora lo tentáis?

»Clamó entonces Moisés al Señor, y le dijo: ¿Qué haré con este pueblo? Falta ya poco para que me apedree.

»Dijo el Señor á Moisés: Adelántate—como si dijera no temas que yo estoy contigo; pasa por medio de todos ellos que ninguno te hará mal y ponte al frente de todos—adelántate al pueblo llevando contigo alguno de los ancianos de Israel, para que sean testigos del milagro—y toma en tu mano la vara con que heriste el río y vete hasta la peña de Horeb, que yo estaré allí delante de tí:—allí presente por mi poder y mi socorro para que en el momento mismo salga agua de la piedra—y abrirás la peña, y brotará de ella agua para que beba el pueblo. Hizolo así Moisés en presencia de los ancianos de Israel.»

Algunos viajeros dicen, que permanece todavía esta agua milagrosa que sacó Moisés de la piedra. Otros refieren que sólo han quedado los rastros ó aberturas por donde corría. Parece que estos raudales ó corrientes de agua siguieron lo largo del camino, que llevaron los israelitas, hasta que llegaron á lugares donde no faltaba el agua. Por lo cual dice San Pablo (I. ad Corinth. X. 4.) que la piedra misteriosa, esto es, el agua de la piedra de que bebían los seguía. Y añade, que esta piedra era Jesucristo, piedra angular y fundamental de la Iglesia, herida por su Padre, por los judíos y por los gentiles, cuyas divinas llagas y heridas han sido y son para nosotros un manantial de agua viva, que nos lava y apaga la sed ardiente, que padecemos en el desierto de este mundo. «Si alguno tiene sed—dice él mismo—venga á mí y beba».

En el texto hebreo es llamada aquella peña Massah-Meribah, esto es, tentación, nombre impuesto por el mismo Moisés, porque los hijos de Israel tentaron al Señor, diciendo: «Está ó no con nosotros el Señor».

El carácter del pueblo hebreo era la incredulidad y dureza de corazón. Y aunque parece que se movía cuando experimentaba el socorro del Señor, mantenía al mismo tiempo en el fondo de su corazón la duda y desconfianza que al menor motivo se excitaban de nuevo, y los mayores milagros no lo podían sosegar. Por esto volvían siempre á dudar, si el Señor estaba en medio de ellos, pidiendo cada día nuevas pruebas de esta verdad, que veían confirmada cada momento con prodigios. Y á esto se da el nombre de tentación ó contradicción.

Los árabes, como en la época de Moisés, como en la de David, dan este mismo nombre á la peña de Horeb, roca de granito aislada con una hendidura que corre de arriba abajo.

«Esta roca, dice un viajero que visitó estos sitios y cuyas opiniones no hacen sospechar que quiera favorecer la relación, esta roca manifiesta á su superficie vertical á una canalita de cerca diez pulgadas de

longitud sobre tres y media de profundidad, atravesada de diez á doce chorros, ó sean regueros hundidos como unas dos pulgadas, que ha formado la continuación del agua en la parte más tierna del pedrusco, que los monjes árabes llaman la roca de Moisés».

Esta descripción sería exacta si se exceptuasen las palabras «en la parte más tierna del pedrusco» que no concuerdan con la verdad. Por el contrario, el pedrusco de tal modo es duro en todas sus partes que después de sacudirle fuertes martillazos, si antes el martillo no se tuerce, no se consigue más que fragmentos muy pequeños.

Después de esta salvedad séame lícito preguntar: ¿qué significan los agujeros y las regatas, no creciendo el moho más que en las extremidades, y sin haber hecho innovación alguna no obstante el transcurso de tantos siglos, sino las irrecusables pruebas de haber salido por allí en otros tiempos aguas abundantes y milagrosas?

Los beduinos atribuyen una virtud milagrosa á las excavaciones que formarían las aguas en esta piedra. Cuando sus camellos están malos, traen de lejos yerba que depositan en ellas, y después se la dan á comer.

Los alrededores espantan y horrorizan con aquellas peñas madres de que se desgajan moles de peñascos, hendidas y dispuestas á soltar de su seno otras masas todavía más enormes. Cuanto le rodea, melancoliza y asusta el espíritu del que las visita. Trepando Horeb puede uno contemplar el sitio en que se dice se encontraba Moisés, cuando descubrió la zarza ardiendo. Desde la cima el punto de vista es admirable y no tiene igual. En efecto, desde aquel elevado observatorio contéplase toda la península como un inmenso mapa de realce, iluminado por la naturaleza misma con variados colores según son las montañas de asperón, de granito, de pórfido ó de tierra calcárea. Bañada por el sol el panorama es grandioso y fantástico y de duros contrastes. Divisase á lo lejos la azulada superficie del golfo de Suez, y más allá asómanse los montes de Egipto; por otro lado se contempla extendida la planicie arenosa de El-Kaa, haciendo contraste con aquella monótona aridez una mancha, ó sea, el oasis de Tor; á los pies del observador y en un valle estrecho y profundo ve el observador la fortaleza del monasterio de la transfiguración, despecho del árabe codiciando cuanto contiene, y midiendo con ojos consternados las paredes que no puede saltar, más lejos, en el jardín del convento, véense altos cipreces cuyo verdor comunica todavía más tristeza á los peñascos áridos que rodean al monasterio, dándoles con sus sombras tintes de cementerio. Desde allí se ve al

Sinai, alzándose con toda la majestad de su colosal mole y de su divina historia.

Hirviendo en su imaginación los recuerdos y pasando por ella rápidamente los milagros de la predilección de Dios, el viajero siéntase en la roca y deja á aquélla en plena libertad. Jamás como en la vista del trono del Legislador Supremo y de la llanura en que acamparon se siente con tanta vehemencia la enormidad de las prevaricaciones de Israel idolatrando al pie de aquellos montes. Se le representa el altar sacrilego levantando en medio del campo; véñse el abominable ídolo, los holocaustos y las víctimas inmaculadas; conténplase á la multitud, olvidando que el Señor la había salvado de Egipto, unos sentados comiendo y bebiendo, entregándose otros á placeres insensatos y á danzas impuras. Se le figura ver á Moisés, bajando apresuradamente del Sinai, rompiendo las tablas de la ley en los transportes de una santa cólera, y á los hijos de Leví con su espada pasando y repasando de una á otra parte del campo hiriendo de muerte á los autores de sus días, al hermano, al pariente y al amigo, repitiendo todavía mil ecos los gritos de los criminales al caer y aspirar á la fuerza de los golpes, entonando al mismo tiempo un himno de gloria y de aplauso á la justicia de las divinas venganzas.

A quien á tales meditaciones se entrega, pertúrbale, á la verdad, confundido por ese exceso de ceguera é ingratitud capaces de arrastrar al desprecio de los más estrepitosos beneficios. Para poder entender un misterio tan extraordinario precisa recogerse uno dentro de sí mismo y sondear profundamente las miserias de su corazón, de cuyas resultas concluirá reconociendo que todavía más ingrato había sido, con sobrada frecuencia, al adorar divinidades extranjeras, es decir, á los dioses que adora el mundo, después de las gracias y favores con que le ha colmado el Señor. ¡Feliz el cristiano por haber hallado en las manos de los levitas de la nueva ley el día de su arrepentimiento, no la espada que da muerte, sino la cruz del Salvador, la misericordia y el perdón!

Abandonemos á Uadi-Feirán, dejemos á las espaldas el Djebet-el-Benat ó monte de las Doncellas, célebre por el trágico fin de dos jóvenes, que obligadas por sus padres á tomar por esposos á dos hombres á quienes detestaban, se precipitaron, anudadas sus cabelleras, de la cumbre al abismo; entremos en El-Bueib (la Puertecita); pasemos al Uadi-Solaf y el Uadi-Gharbeh, y por el Nakb-el-Haua, ó sea el paso del viento, hermosa cañada encerrada entre peñas. La región que aparece es la mejor provista de agua y vegetación en aquella península; por esto menudean los rebaños y campamentos. Las tribus errantes de más importan-

cia que acuden á ella con preferencia son: los saualha, los aleikates, los mezeini, los ualed-soleimen y los beni-usal. Todos siguen de buen grado de preceptos de una ley que no contraría en nada de sus vivas pasiones: son mahometanos.

Después de una penosa marcha por el sendero de Nakb-el-Haua, hállase que se ensancha la cañada, las peñas graníticas que la ciñen se separan para juntarse de nuevo, de suerte que á primera vista parece niegan la salida. A mano derecha del extremo de aquella planicie se levanta el famoso monasterio de Santa Catalina, verdadero castillo del desierto.

Este edificio forma un cuadrilátero irregular; piedras de sillería forman el muro aspillerado que lo circuye; su elevación es de unos trece metros, su aspecto es de una fortaleza flanqueada por torres y baluartes.

«Nuestras paredes, decía en cierta ocasión á un viajero el entonces superior de aquel monasterio, nuestras paredes podrían ser de oro, si tuviéramos cuanto nos ha enviado la piedad de nuestros hermanos, y nos ha robado la violencia de los árabes».

Antes de apoderarse Mehemet-Ali del trono de Egipto, el monasterio era objeto de vejaciones diarias, no menos funestas á la vida de los religiosos que á sus riquezas. Muchos murieron y se les considera como mártires, conservándose sus restos en una capilla particular. La necesidad, pues, de librarse de un golpe de mano justifican ciertas precauciones. No hace muchos años que los extranjeros tan solo podían penetrar en el monasterio izados con cuerdas por medio de un torno hasta una ventana del muro, una vez reconocida la garantía de la carta del Arzobispo del Sinai que reside en el Cairo respecto del recién llegado; hoy ese camino por los aires tan solo lo toma la carta, y el viajero que la ha presentado, después de largo rato, por una puertecita de hierro y por angosto corredor abierto en la peña entra al monasterio.

No paran aquí las precauciones. Desde el patio á que conduce el oscuro pasadizo ofrécese un verdadero laberinto de corredores, galerías, puentecillos, escalerillas que parecen de mano.....

Nada exigen los religiosos á los viajeros por la hospitalidad que han recibido; pero cuentan con una retribución sin que se sepa que hayan salido jamás fallidas sus esperanzas.

Como el sol penetra rara vez en aquel monasterio á causa de los altos montes que lo dominan, de aquí que los monjes visten hábitos forrados de pieles en aquella tierra clásica del calor. Pertenecen á la comunión greco-cismática, siguen la regla de San Basilio, y en la actua-